

CAPÍTULO V

1847-1848

Invaden los indios el partido de Sotuta.—Incendian algunas poblaciones, y otras son desocupadas por sus habitantes.—Antagonismo entre los partidarios de Méndez y Barbachano, que embaraza la defensa.—El gobierno intenta remediar el mal, confiando el mando de las fuerzas á D. Alberto Morales.—Expediciones al campo enemigo.—Destrucción de Tabi.—Abandono de Yaxcabá.—Sitio de Sotuta.—La guarnición se defiende por algunos días, y al fin se ve obligada á replegarse á Huhí.

La región conocida hoy en el Estado con el nombre de *línea del Centro*, fué invadida por los sublevados hacia el mes de diciembre de 1847. Poblada por los descendientes de Nachi Cocom y de los compañeros de Jacinto Canek, el odio á la raza blanca se conservaba allí con mayor viveza acaso que en ninguna otra parte de la Península, y por este motivo sus habitantes indios tomaron una parte activa en la insurrección desde que la desocupación de Tihosuco les permitió ponerse en contacto con las hordas de Jacinto Pat.

La primera acción librada en aquella comarca fué la de Tiholop, en la cual, según dijimos en el capítulo anterior, D. Eulogio Rosado batió y dispersó á los sublevados. Aunque este jefe continuó en seguida su camino para Peto, hizo volver al coronel Díaz con doscientos hombres al pueblo de Yaxcabá, cuyos habitantes blancos se hallaban dominados por el terror, á causa de que el gobierno no les había mandado ninguna fuerza extraña para defenderse. Del mismo sentimiento se hallaban dominados los vecinos de los demás pueblos situados en las inmediaciones, y ca-

—(75)—

reciendo de los elementos necesarios para defenderse, comenzaron á emigrar de sus hogares. Los indios se aprovecharon de este abandono para esparcirse por toda la comarca, y en breve tiempo fueron víctimas de su furor los pueblos de Kancaboonot, Santa María y Yaxuna, donde asesinaron á los pocos blancos que no habían tenido tiempo ó voluntad de emigrar. El capitán D. Fernando Castillo salió con cien hombres de Yaxcabá, con el objeto de perseguir á los sublevados, y aunque los derrotó en Kancaboonot, después de un reñido combate que duró tres horas y media, se replegó en seguida al primer pueblo, conforme á las órdenes que había recibido (1).

Tuvo lugar este suceso el día 2 de enero de 1848, y el 4 incendiaron los indios el rancho Cacalchén [y la hacienda Xul. Los pueblos de Tabi, Tacuibichén y Tixcaltuyú fueron abandonados por sus moradores, y temiendo el comandante de Yaxcabá que este abandono siguiese alentando á los sublevados, hizo salir una fuerza compuesta de soldados del partido, la cual derrotó en Tacuibichén al enemigo, causándole pérdidas de consideración.

Por esta época fué descubierta en Hocabá y Seyé la conspiración barbachanista de que hablamos en el capítulo anterior, y que tenía por objeto ponerse en contacto con Jacinto Pat para que proclamase á Barbachano. Así por este motivo, como porque las fuerzas del Centro no bastaban para contener á los indios, el gobierno hizo salir de Mérida trescientos hombres del batallón de la Ley, al mando del teniente coronel D. Alberto Morales. También se confió después á este jefe el mando de todas las tropas que operaban en aquella región, para neutralizar los efectos de cierto antagonismo que podía acarrear grandes perjuicios en aquellas circunstancias.

Yaxcabá y Sotuta eran dos poblaciones rivales que se

(1) *La Unión*, periódico oficial, números 10, 11 y 12.

odiaban recíprocamente, por lo mismo que eran las más importantes del partido. Dominaban en la primera los partidarios de Méndez, y en la segunda los de Barbachano. El antagonismo había llegado hasta el extremo de disputarse la cabecera del partido, y alternativamente lo habían sido ambas poblaciones, siguiendo las oscilaciones de la política. En aquella época, sin embargo, estaba de jefe político del partido el *barbachanista* D. Domingo A. Bacelis, á causa sin duda de la unión que á toda costa quería llevar á cabo el gobierno de Méndez. Pero esto tenía fuertemente disgustado al *mendista* D. Tiburcio Díaz, que era comandante de Yaxcabá cuando el mando de todas las fuerzas del partido fué confiado á D. Alberto Morales. Muy pronto vamos á ver cuál fué el resultado de esta rivalidad.

La llegada del Sr. Morales á Yaxcabá reanimó un poco el espíritu público, que se hallaba abatido á consecuencia del incremento que de día en día iba tomando la guerra social. Los indios desplegaban, en efecto, tanta actividad para llevar á cabo su plan de exterminio, que cinco días después de haber incendiado á Tacuibichén se presentaron súbitamente en Tixcacaltuyú, único pueblo de los alrededores de Yaxcabá que conservaban en su poder las tropas del gobierno. Pero compuesta solamente de treinta hombres la guarnición, se vió al fin en la necesidad de retirarse, después de haber sostenido un combate sangriento, en que perdió la vida su capitán D. Fernando Pacheco. Luego que este desastre llegó á noticia de D. Alberto Morales, hizo salir una columna de doscientos veinte hombres, que encontró á Tixcacaltuyú reducido á cenizas, y á cuya vista huyeron los sublevados. El mismo Sr. Morales salió después con otra fuerza para Tacuibichén, donde tuvo un ligero encuentro con los indios, y en seguida regresó á su campamento, cargado de botín (2).

(2) Periódico citado, números 15 y 17.

Otras varias expediciones tuvieron lugar por aquella época; pero que no alcanzaron el fruto que podía esperarse á causa del antagonismo que reinaba entre los mendistas y barbachanistas del partido. Un gran número de blancos se abstenía de tomar parte en las operaciones militares, mientras otros las embarazaban. El desaliento volvió á apoderarse de los ánimos, y los indios, aprovechándose de todas estas circunstancias, se esparcieron hasta más abajo de Yaxcabá é incendiaron el pueblo de Tabi. Entonces D. Alberto Morales, que ya estaba nombrado jefe de aquella zona, dividió toda su fuerza en tres fracciones, dejando una en Yaxcabá, al mando de D. Tiburcio Díaz, otra, que sólo se componía de cien hombres, en Tabi, y con el resto se retiró á Sotuta, donde estableció su cuartel general.

Con este arreglo quedó en peor situación Yaxcabá, no precisamente porque careciese de elementos para defenderse, sino porque su guarnición quedó profundamente disgustada de que se hubiese establecido el cuartel general en Sotuta, donde dominaban los partidarios de Barbachano. El jefe de la plaza se limitó desde este momento á defenderse indolentemente de los indios, quienes, aunque algunas veces se detenían á una legua de distancia, otras llegaban hasta las extremidades de la población, para incendiar varias casas y aturdir con gritos á sus moradores. El mando de la fuerza llegó á recaer en un hermano de D. Tiburcio Díaz, quien, no queriendo correr los azares de un sitio en la posición avanzada que ocupaba en aquella zona, abandonó á Yaxcabá el 12 de febrero, replegándose con su guarnición á Izamal. No quiso retirarse á Sotuta, como parece que hubiera debido hacerlo, sea por no reunirse allí con sus adversarios políticos, ó bien porque creyó menos peligroso aquel trayecto. Esto último parece lo más verosímil, porque pocos días después salió de Izamal y vino á Sotuta á incorporarse con D. Alberto Morales. También recibió éste por aquella época otro refuerzo de cien hom-

bres del batallón de la Ley, que el gobierno hizo salir de Mérida, luego que tuvo noticia del abandono de Yaxcabá.

A pesar de todos estos elementos y de la buena disposición en que se hallaban los habitantes de aquella localidad para defender sus hogares, los alrededores de Sotuta pronto comenzaron á correr la misma suerte que los de Yaxcabá. Pueblos y haciendas fueron presa de las llamas, y cuando el Sr. Morales sacaba alguna fuerza para castigar á los autores de esta destrucción, corrían á ocultarse en los bosques, huyendo siempre de presentar batalla. En medio de todos estos desastres, hicieron correr la voz de que se someterían al gobierno, si consentía en abolir la contribución personal, y los mismos Sres. Morales y Bacelis recibieron anónimos en este sentido (3). El primero recibió una comunicación de los indios de Tabi, en que solicitaban enviar parlamentarios, si se les prometía no hacerles daño ninguno. Don Alberto Morales les ofreció toda clase de garantías; pero en vez de los comisionados que se esperaban, el 29 de febrero se descolgaron súbitamente sobre Sotuta cinco ó seis mil sublevados con el ánimo de sitiar la plaza.

La primera partida se presentó á las cinco de la mañana por los caminos de Tabi y Yaxcabá, anunciando su presencia con una horrible y prolongada vocería, que hizo estremecer los bosques cercanos. El capitán D. Melitón Rondón, que defendía los atrincheramientos situados al oriente de la plaza, rompió inmediatamente sus fuegos sobre los invasores; pero éstos, lejos de intimidarse, avanzaron con resolución y comenzaron á levantar una trinchera á cien pasos de la línea de defensa. Una hora después el corneta situado en la torre de la iglesia anunció que otra partida de bárbaros cargaba al norte de la plaza, y la grito que levantaban estos nuevos invasores se dejó oír al mismo tiempo que las descargas de fusilería con que los recibía el capi-

(3) *La Unión*, números 23 y 24.

tán D. Gumersindo Ruiz, que defendía por aquel lado la línea. Duraba todavía el combate hasta las doce del día, cuando la tercera partida de sublevados se presentó por los caminos de Tixcaltuyú y Cantamayec, empeñando desde luego una acción reñida con las fuerzas colocadas al sur de la plaza. Por último, á las cinco de la tarde los indios acabaron de sitiar la población, presentándose por los caminos de Zavala y Mérida, frente á los atrincheramientos que defendía el capitán D. Diego Acosta (4).

Se mantuvo este sitio por cuatro días, durante los cuales no pudieron hacer desistir de su intento á los indios las guerrillas que D. Alberto Morales hacía salir de la plaza para perseguirlos. Es verdad que solían huir á la aproximación de nuestras fuerzas; pero luego que éstas se alejaban, volvían á ocupar sus posiciones. El oficial D. Sóstenes Domínguez, que fué el jefe de una de estas guerrillas, trajo una vez á la plaza la noticia de que los indios hacían proposiciones de paz, mediante ciertas condiciones. Aunque ya se debía de comprender muy bien que los indios nunca promovían de buena fe estas negociaciones, el Sr. Morales quiso escucharlos y consiguió que saliesen á hablar con ellos los sacerdotes D. Juan de la Cruz y D. José Antonio Monforte. Ambos comisionados se ataviaron con sus más lujosas vestiduras para desempeñar su cargo; pero como el clero comenzaba ya á perder su prestigio entre los indios, recogieron ultrajes en vez de la veneración que esperaban. El primero regresó atemorizado á la plaza, y el segundo llegó hasta la trinchera en que se hallaban los sublevados, donde éstos le manifestaron que querían la devolución de las armas que les habían quitado; que les entregaran á D. Domingo Antonio Bacelis, que los había engañado, y, por último, que se les diese la virgen de Tabi,

(4) Carta de un capitán del batallón de la Ley, publicada en el número 28 de *La Unión*.

que había sido traída á Sotuta. Don Alberto Morales no creyó necesario responder á estas proposiciones, porque los indios continuaron hostilizando la plaza, sin darle el tiempo preciso para meditar su contestación.

Á pesar de algunas ventajas que la guarnición obtuvo sobre los sitiadores durante los cuatro días de que hemos hablado, era en realidad muy corta para luchar contra las masas de indios que la asediaban. No teniendo, además, esperanzas de recibir auxilios de Mérida ni de ninguna otra parte, y habiendo consumido casi del todo sus provisiones de guerra, D. Alberto Morales determinó salvarla, evacuando la plaza con el mejor orden posible. Verificó la desocupación en la madrugada del viernes 3, poniéndose en movimiento el grueso de la fuerza y las familias, luego que el oficial Domínguez hubo explorado con una guerrilla el camino de Mérida, del cual había sido desalojado el día anterior el enemigo. Los indios ocuparon inmediatamente el pueblo y se limitaron á tirotear por el espacio de una legua á los soldados, mujeres y niños que se retiraban, y que llegaron el mismo día á Hocabá (5).

Dirijamos ahora nuestras miradas hacia el oriente de la Península, donde los bárbaros habían concentrado la mayor parte de sus elementos, con el deseo de apoderarse de la rica y populosa ciudad de Valladolid.

(5) Carta citada. —BAQUEIRO, *Ensayo histórico*.

CAPÍTULO VI

1847 - 1848

Operaciones militares en el oriente de la Península.—Ataque, defensa y abandono de Chemax.—Comienzan los indios á destruir los alrededores de Valladolid.—Acciones de guerra en Tikuch y Kuichechén.—Ocupación de Pixoy, de Uayma y de Ebtún.—Los indios embisten por primera vez á Valladolid el 18 de enero de 1848.—Sitian en seguida la ciudad.—Encuentros entre sitiados y sitiadores.—Hacen los últimos proposiciones de paz.—Durante el armisticio atacan y destruyen á Chancenote.—Notable acción de Chichimilá.—Desgraciadas expediciones á Oitnup, en que son derrotados los blancos.—Lazo que tienden los indios á varios jefes y oficiales, y que les cuesta la vida.—Se resuelve la desocupación de Valladolid.—Los bárbaros impiden que se verifique con orden.—Horrible matanza.—Son desocupadas las demás poblaciones del Oriente, y una gran parte de sus habitantes emigra á la capital.

Recordarán nuestros lectores que por la necesidad en que se vió el gobierno de combatir el pronunciamiento de Cetina, quedó en gran parte desguarnecido el partido de Valladolid, y que los indios, aprovechándose de esta circunstancia, habían acometido al pueblo de Tixcacalcupul y asesinado á casi todos sus habitantes. En peor situación quedó todavía aquella región importante de la Península, cuando D. Eulogio Rosado se desprendió de allí con ochocientos hombres para bajar á Mérida, y los sublevados se aumentaron desde entonces tan considerablemente, que pronto se hallaron en aptitud de emprender operaciones de cierta importancia.

El 4 de diciembre de 1847 acometieron al pueblo de Che-